

LIBROS

Hans Magnus Enzensberger

UN PUÑADO DE ANÉCDOTAS.
OPUS INCERTUM

Alberto Ruy Sánchez

EL EXPEDIENTE ANNA AJMÁTOVA. LA
VIAJERA DEL MUNDO DE ADENTRO

David A. Bell

MEN ON HORSEBACK. THE POWER OF
CHARISMA IN THE AGE OF REVOLUTION

María

Baranda

CAÑÓN DE LOBOS

George Makari

ALMA MÁQUINA. LA INVENCIÓN
DE LA MENTE MODERNA

Fernando

Vallejo

ESCOMBROS

MEMORIAS

Recuerdos sin culpa

por **Fernando García Ramírez**



Hans Magnus Enzensberger
UN PUÑADO DE
ANÉCDOTAS. OPUS
INCERTUM
Barcelona, Anagrama,
2022, 240 pp.

Hans Magnus Enzensberger publica a los 89 años—ahora tiene 92—el segundo volumen de sus memorias, que abarcan desde su nacimiento hasta sus años universitarios. Tiempo atrás publicó el primer volumen (*Tumulto*), en el que da cuenta del auge y caída de su simpatía por el socialismo, luego de haber vivido algunos años en Cuba. ¿Habrá un tercer volumen en el que cuente su vida de escritor? No lo creo: para conocer esa etapa, la más fértil, la mejor, contamos con sus libros, siempre lúcidos.

Enzensberger es autor de poemas (*El hundimiento del Titanic*); novelas

históricas (*Hammerstein o el tesón*); ensayos sociológicos (*El perdedor radical*), políticos (*Política y delito*) y culturales (*Mediocridad y delirio*); ensayos y poemas de tema científico (*Los elixires de la ciencia*), de tema económico (*¡Siempre el dinero!*); obras de teatro (*El filántropo*); libros infantiles (*El diablo de los números*); reportajes (*El gentil monstruo de Bruselas*); y libros de varia invención (*Reflexiones del señor Z.*).

¿En qué difieren unas memorias de la autobiografía? Básicamente son lo mismo, relato de la propia vida. La autobiografía refiere hechos y las memorias emociones, podría servir como definición primera. La autobiografía se pretende más objetiva que las evocativas memorias. Una autobiografía cuenta una vida completa, hasta el momento de escribirla; mientras que las memorias pueden contar episodios de una vida. La biografía es un subgénero de la historia, pero la autobiografía no lo es; para la historia es acaso un documento. Y no lo es porque al relato de la propia vida le falta objetividad. Enzensberger no habla en su libro de “memorias”, sino de autobiografía, a pesar de que cuenta episodios (anécdotas) y desarrolla su relato de

una forma más o menos cronológica. Como si dijera: pensé en escribir mi autobiografía pero solo puedo ofrecerles “un puñado de anécdotas”. El libro termina con un poema:

Quando él escribe sobre sí mismo,
escribe sobre otro.

En lo que escribe,
él se esfumó.

Narrado en tercera persona, el protagonista de estas anécdotas es M. (de Magnus). Hacia el final del libro, como resumen de todo lo contado, dice que, después de todo, “no pasó mucho en sus años de juventud”. Pero sí le pasaron muchas cosas. Vivir en Núremberg (la ciudad de los grandes congresos) el surgimiento desbordado del nazismo, su auge y su espantoso derrumbe, sin duda, son acontecimientos determinantes en la vida de cualquier persona. A los ocho años se pudo colar por entre las piernas de los adultos que formaban una valla hasta la primera fila para ver que en un coche descubierto que pasaba “había un hombre insignificante con bigote y la vista fija hacia delante. Llevaba el pelo pegado en

la frente. Levantó el brazo derecho y lo dejó caer bruscamente de nuevo”. M. no sabía lo que era un nazi. Al pasar la comitiva, “la barrera se disolvió y la multitud se dirigió animadamente a los puestos de salchichas”. M. no vivió la Historia sino la historia, suma de datos cotidianos. O al menos así lo recuerda Hans Magnus Enzensberger al cumplir los noventa años.

No ofrece Enzensberger datos exactos, precisiones. No se trata de acumular documentos para contar una vida. Sin el tío bribón, la tía solterona, el abuelo increíble, el padre misterioso, el bravucón de la cuadra, el primer amor, el primer robo, una vida estaría, quizás, incompleta. La historia de M., sus juguetes, juegos y travesuras. Detrás de cada objeto evocado, una historia, una anécdota, un jirón de recuerdo. Su padre fue ingeniero en telecomunicaciones. No simpatizaba con ningún partido, pero tuvo que afiliarse al Nacional Socialista para conservar su empleo y sostener a su familia. Se alegró, como todos en Núremberg, como todos en Alemania, de la invasión a Francia. A su padre lo enviaron a París a restablecer las líneas de teléfono. M. coloca en el libro la fotografía de su padre vestido de nazi frente a varios aparatos. A él, siendo niño, también lo enrolaron –no había de otra– en las juventudes nazis, lo uniformaron y lo llevaron a hacer ejercicios y lanzar consignas. M. era pésimo para el ejercicio coordinado y pronto lo expulsaron. Para no preocupar a sus padres, M. buscó y encontró refugio en una biblioteca, en donde se sumergiría por primera vez a plenitud en un mar de libros. A su escuela, en el último año de la guerra, llegaron los reclutadores para las fuerzas especiales de las ss. Muchos dieron pretextos, pero “cerca de la mitad, como el pobre Günter Grass, se ofrecieron ‘voluntariamente’, sin saber que Himmler había rearmado la Waffen-ss para derrocar al ejército”.

El elemento narrativo más importante, decisivo, de *Un puñado de anécdotas* está en el tono. Enzensberger se las ingenió para escribir con jovialidad y desapego sucesos de todo tipo ocurridos ochenta años atrás. El tono de confidencialidad (solamente está contando la vida de M.) hace creer al lector que está escuchando las confidencias de un amigo. La infancia de un niño en medio de la guerra de los nazis contra el mundo. Suena terrible, para él no lo fue tanto. “¿Tuvo la dictadura también un lado confortable? M. mentiría si quisiera ocultarlo.” Se emocionaba con las victorias en Poznań, Varsovia y París. “Los niños de la guerra –cuenta Enzensberger– se habían acostumbrado a todo tipo de atrocidades, el mundo les parecía impredecible. Por eso les gustaba ver los incendios y los chaparrones, lo que sugiere cierta falta de imaginación moral.” La guerra no le afectó mucho. “Culpa: para nada.” No era su guerra. La guerra provoca reacciones muy extrañas en las personas. “M. no tiene malos recuerdos ni siquiera de las noches de bombardeo.” Con la guerra los horarios habían desaparecido, lo mismo la autoridad de los padres, ya no era obligatorio asistir a la escuela. Los grandes incendios eran fascinantes. Y al día siguiente paseos por la ciudad destruida. “M. pudo pasear por la ciudad en ruinas, observar a los bomberos y contemplar las entrañas de las casas medio derrumbadas.” Hacia el final de la guerra alistar también a los niños, les pusieron uniforme y se los llevaron a cavar zanjas. Les dieron armas y les enseñaron a usarlas. Un día que se quedaron sin comida enviaron a su patrulla por alimentos. Llegaron a una granja. El granjero y su esposa les suplicaron de rodillas que no los mataran. Todos los niños iban armados. Se llevaron un buen botín. De regreso iban felices, incluso M. Por unas horas conocieron y encarnaron el salvajismo nazi. Culpa, ninguna; Enzensberger recuerda la guerra.

En las páginas finales de su libro el autor informa que “no desea continuar la tradición alemana de la novela de aprendizaje”, sin embargo, es imposible no pensar que el origen de algunos de sus libros (*Política y delito; Perspectivas de guerra civil*) se encuentra en algunos pasajes de su infancia salvaje en Núremberg durante la guerra. A la edad de ocho años, con sus compañeros y amigos del barrio, “ya había desarrollado sus propias ciencias políticas, iniciado pequeñas guerras y formado alianzas cambiantes”. Los pactos eran inestables, las alianzas inciertas. Años más tarde, luego de la derrota alemana y de la ocupación americana, se inició en el mercado negro de los cigarrillos, que durante un tiempo fueron un tipo de moneda de cambio. “Como era muy espabilado, pronto fui bastante rico, no en la poco apreciada y despreciable moneda nacional, sino en bienes codiciados. El cigarrillo americano era la referencia.” Desde entonces, dice Enzensberger, adquirió conocimientos reales de economía que ni en la Harvard Business School le pudieron ofrecer. “Desde entonces M. tiene conocimientos no solo del espíritu empresarial, la volatilidad del mercado y la oferta y la demanda, sino también sobre la acumulación de capital primario, el fetichismo de la mercancía y la explotación.” Conocimientos que, muchos años después, aplicaría en libros como *¡Siempre el dinero!*, reboante de inteligencia e imaginación.

Enzensberger obsequia a sus lectores devotos un puñado de anécdotas. Retazos de su vida. No le interesa quedar bien o ajustar cuentas. Le interesa contar lo que vio sin dramatismos. Fue alumno de Heidegger y lo decepcionó: el Maestro no permitía diálogo alguno con su clase. Sobrevivió a la derrota alemana –hambre, enfermedades, humillaciones– de la mejor manera posible. No puedo escribir que fue afortunado porque sería reconocer que la buena o mala suerte existen. El azar no es bueno ni malo. Enzensberger nos cuenta su vida.

Sin nostalgia. Sin venganzas. Sereno y contento de haber vivido la vida, esta extraña aventura. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.

NOVELA

Ajmátova escrita en papel de fumar

por **Christopher
Domínguez Michael**



Alberto Ruy Sánchez
EL EXPEDIENTE ANNA
AJMÁTOVA. LA
VIAJERA DEL MUNDO
DE ADENTRO
Ciudad de México,
Alfaguara, 2021, 264 pp.

Sobre Anna Ajmátova “recayó la misión de preservar la belleza y la memoria en la Rusia del siglo xx, y de ser un valioso eslabón en la memoria en la cadena generacional que se conservaría intacta de milagro”,¹ escribió Vitali Shentalinski (1939-2018), el osado periodista que abrió, durante la perestroika y aún después, los expedientes secretos que la KGB guardaba de miles y miles de escritores rusos. Ese levantamiento de datos registra la persecución más cruel y sistemática que la literatura (para no hablar de la música o de la ciencia) haya sufrido jamás. Esos expedientes, con muy pocas excepciones, significaron la muerte civil o la servidumbre literaria, las torturas, el destierro al gulag o el asesinato para cada uno de los infamados, durante un período que va de 1918 a los años inmediatamente posteriores a la muerte de Stalin en

1953. Algunos, sin duda, sobrevivieron a sucesivas prisiones y destierros —aun habiendo combatido victoriosamente contra el ejército alemán como fue el caso del historiador Lev Gumilyov, el hijo del también poeta Nikolái Gumilyov y de Ajmátova— gracias a la “rehabilitación”, siniestro ejercicio de perdón que el Estado soviético se daba el lujo de otorgar, sin ofrecer reparación alguna del daño, de cuando en cuando y recurso al cual, tras 1956, la desestalinización y el deshielo, se recurrió con mayor frecuencia, en la medida en que se iba desbordando la marea genocida contenida por el bolchevismo de Lenin, Trotski y Stalin.

La cita de Shentalinski es solo una, a su vez, de las muchísimas que se han escrito en honor de la gran poeta rusa, uno de los ejemplos más altos de integridad humana y valor moral con los que cuenta la sangrienta centuria pasada, y abordar su expediente, recurriendo a la ficción, no es una tarea fácil. Alberto Ruy Sánchez (Ciudad de México, 1951), narrador de larga trayectoria, seguramente asumió la dificultad implícita en novelar una vida cuyo itinerario, sin agregar nada que no pueda ser documentalmente probado, era por sí solo una “novela-tragedia”, como la hubiera llamado Viacheslav Ivanov, el poeta simbolista y filólogo moscovita que pretendió a la joven Ajmátova durante sus años de “pescador de seres humanos” en San Petersburgo. Si pareciera innecesaria la novela misma —estando disponible una biografía colosal como la de Roberta Reeder (*Anna Akhmatova. Poet and prophet*, 1994)—, el tono para escribirla debió preocupar al autor, logrando transmitir un patetismo tan hondo con la debida solemnidad, sin caer (solo ocurre en algunos párrafos, los que recrean los amores de Ajmátova y el pintor italiano Amedeo Modigliani en 1911) en la impostación de sensualidad, acaso el principal defecto de Ruy Sánchez como escritor.

Postulando a una agente chequista (aunque Checa fue el nombre tan solo

de la primera policía secreta soviética, fundada en 1917 y reorganizada en 1922 como OGPU, Shentalinski llama “chequistas” a todos los sicarios subsecuentes) de nombre Vera Tamara Beridze, oriunda de Georgia, como su jefe Lavrenti Beria y el propio Stalin, a quien ella informaba periódicamente de la vigilancia sobre Ajmátova, Ruy Sánchez recurrió con fortuna al expediente. Previsiblemente, Vera Tamara Beridze termina por quedar prendada del arrojo y la serenidad de la poeta, hasta incurrir en complicidad y acabar por ser enviada al gulag por órdenes del propio Stalin. *El expediente Anna Ajmátova*, siendo así, es una variante afortunada de la novela epistolar, porque lo que leemos, con ciertas intromisiones impertinentes del autor en los dominios de la voz narrativa, son alrededor de cien cartas (junto a poemas y otros documentos policíacos) enviadas y “ encuadradas ” como hojas de abedul, desde el destierro siberiano por quien se había hecho pasar, para cumplir su cometido, por amiga y vecina de Ajmátova.

El segundo elemento utilizado por Ruy Sánchez parte del escalofriante azoro provocado por la obsesión de Stalin con los escritores, a quienes —a mayor talento, mayor riesgo— el tirano salvaba de la liquidación inmediata o del exilio (“Expulsarlos es salvarlos y no los vamos a salvar. Ya se me pondrán en el camino. Mientras tanto, no los toques”,² le ordena Stalin al comisario Agranov) para jugar con ellos al gato y al ratón. Ruy Sánchez describe un encuentro fantástico entre el bolchevique, aún llamado Koba y encargado por Lenin de las actividades criminales de la organización, con Ajmátova. La clandestinidad le permite al futuro Stalin desaparecer tres días en San Petersburgo y acudir a una lectura de poesía organizada en 1911 por el “Gremio de poetas”, la escisión

¹ Vitali Shentalinski, *Crimen sin castigo. Últimos descubrimientos en los archivos literarios del KGB*, traducción de Marta Rebón, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 2007.

² Alberto Ruy Sánchez, *El expediente Anna Ajmátova. La viajera del mundo de adentro*, Ciudad de México, Alfaguara, 2021, p. 236.

acmeísta de los jóvenes poetas fastidiados del magisterio dionisiaco de Ivanov. En esa lectura, su anfitriona resulta ser la propia Ajmátova, quien había publicado *La tarde*, su primer libro de poemas (aunque en 1912), que Stalin conocía al dedillo. Invitado a leer entre los acmeístas, como era usual cuando se presentaban espontáneos, Koba declama sus poesías patrióticas a la Nekrassov y los vanguardistas no pueden sino burlarse del palurdo personaje con sus botas bien boleadas. Aquello no lo perdonará cuando sea el padrecito de los pueblos y quedará sellado el futuro de Ajmátova, de su entonces marido Gumilyov (fusilado en 1921 por haber participado en un imaginario complot contrarrevolucionario) y de Ósip Mandelshtam, entre otras víctimas del Gran Terror.

La fabulación es pertinente. Gracias a las nuevas biografías de Stalin, las de Simon Sebag Montefiore (*La corte del zar rojo*, 2004, y *El joven Stalin*, 2007), Donald Rayfield (*Stalin y sus verdugos*, 2004) y Stephen Kotkin (*Stalin. Paradoxes of power, 1878-1928*, 2015), ha resultado del todo falsa la imagen difundida por Trotski y el resto de los comunistas rusos de formación europea, de un Stalin atroz también en su rústica ignorancia. Nada de eso. Dueño de una biblioteca monumental y lector omnívoro (como Mao, por cierto), fue un seminarista sobresaliente y aspiró a ser poeta y novelista, amante de la lengua georgiana, en la cual llegó a ser considerado, por sus aterrados aduladores, un gran bardo (modesto, Stalin los disuadió, al parecer, de hacerlo figurar en las antologías). De allí su celo por los intelectuales, mezcla de envidia y sadismo, así como su amor por la poesía, sobre todo la de sus enemigos, la cual copiaba, anotaba y memorizaba, dilatando la infamia para sus víctimas mediante la petición, entre otras crueldades, de odas a modo. La propia Ajmátova escribió un poema indigno de su estro (*Gloria a la paz*,

1950) para tratar de liberar, con ello, a un Lev nuevamente prisionero. No ocurrió así: el hijo quedó preso pero *Gloria a la paz* (acompañada de una súplica escrita por Ajmátova a Iósif Vissariónovich) impidió el inminente arresto de la poeta, a quien la admiración del historiador Isaiah Berlin, de origen letón, liberal y nacionalizado británico, quien la visitó en tres ocasiones en 1945, había puesto en serio riesgo, según puede recordarse leyendo a Shentalinski.³

Ajmátova permaneció vigilada (e incluso se le llegó a poner un monumento a Stalin visible desde la ventana de su departamento), pero nunca fue al gulag y solo fue arrestada en pocas ocasiones y por breve tiempo. Esa “libertad” conllevaba la prohibición de publicar y hasta de escribir pues se sabe que su poesía se preservó gracias a los amigos que memorizaban sus poemas, escritos en papel de fumar e incinerados de inmediato, una vez concluida la visita en que se hablaba de trivialidades por temor a los micrófonos. Leyendo *El expediente Anna Ajmátova* se ratifica esa mala conciencia necesitada por Stalin como una perversa compensación consistente en jugar con sus víctimas, incluyendo sus memorables y terroríficas llamadas telefónicas desde el Kremlin. “Pocos dictadores desde la Italia del Renacimiento manipularon a los poetas, entre sus vasallos, tan asiduamente como lo hizo Stalin”, apunta Rayfield.⁴

Acaso la mayor virtud de *El expediente Anna Ajmátova*, de Ruy Sánchez, no sea su cabal presentación de la poeta indoblegable ni la fabulación del juego con que Stalin la habría dominado durante décadas y al final sin éxito, sino la incierta Vera Tamara Beridze, vigilante y espía, amiga y enemiga, víctima propiciatoria y heroína. Sin ella —en este universo

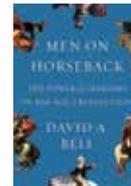
novelesco— Anna Ajmátova (1889-1966) no habría recibido la verdadera rehabilitación, que no fue la gracia soviética, sino la otorgada por todos aquellos para quienes su *Réquiem* (1939-1957), consagrado a las víctimas del comunismo ruso, es acaso lo más parecido a una experiencia religiosa que un lector profano puede recibir desde el corazón del siglo xx. Libro noble, sin duda, el de Alberto Ruy Sánchez. Ilustrado con esmero, parece escrito en papel de fumar. —

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL es editor de *Letras Libres*. En 2020, El Colegio Nacional publicó sus *Ensayos reunidos 1984-1998* y las Ediciones de la Universidad Diego Portales, *Ateos, esnobs y otras ruinas*, en Santiago de Chile.

HISTORIA

La era del carisma

por **Rafael Rojas**



David A. Bell
MEN ON HORSEBACK.
THE POWER OF
CHARISMA IN THE
AGE OF REVOLUTION
Nueva York, Farrar,
Straus and Giroux,
2020, 352 pp.

Después de las revoluciones atlánticas, entre fines del siglo xviii y mediados del xix, una consistente tradición de literatura heroica recorrió Occidente. El romanticismo se confundió con el heroísmo cuando Vigny y Stendhal narraron la vida de Napoleón, Carlyle las de Lutero y Rousseau, Emerson las de Shakespeare y Goethe. La representación de los grandes hombres como titanes o colosos de la modernidad se desplegó junto con la memoria de las revoluciones, a pesar de que el republicanismo o la idea del pueblo o las masas como sujetos de la historia cuestionaban la apologética del protagonismo individual.

³ Shentalinski, *op. cit.*, pp. 383-384.

⁴ Donald Rayfield, *Stalin and his bangmen. The tyrant and those who killed for him*, Nueva York, Random House, 2004, p. 17.

El más reciente libro de David A. Bell explora esa paradoja: revoluciones liberales y democráticas que produjeron panteones heroicos basados en el carisma de un puñado de elegidos. Pero a Bell no le interesan únicamente los panteones cívicos o cultos heroicos sino la propia articulación del carisma como don político en el curso de las revoluciones atlánticas. El carisma es el atributo que sigue en la trayectoria de cuatro líderes revolucionarios: George Washington, Napoleón Bonaparte, Simón Bolívar y Toussaint Louverture.

El libro avanza por medio de la reconstrucción de cada uno de los cuatro liderazgos y de las representaciones que suscitaron en vida y póstumamente. Por el camino, Bell propone trayectorias paralelas o lecturas comparadas de las cuatro biografías, aprovechando el hecho de que la acción histórica de Washington y Napoleón, Bolívar y Louverture tuvo lugar en un lapso de medio siglo. Aquellas décadas y su espacio atlántico produjeron una memoria política que dio transparencia a cada biografía.

Washington y Louverture fueron contemporáneos: el primero nació en Virginia en 1732 y el segundo en Auberge de Bréda en 1740, según su último biógrafo, Sudhir Hazareesingh. El liderazgo de ambos se desenvuelve, estrictamente, en las últimas décadas del siglo XVIII. Cuando Louverture se convierte en el principal líder de la Revolución haitiana, hacia 1794, Washington ya había encabezado la independencia de las trece colonias, impulsado la Constitución de 1787 y comenzaba su segundo mandato como presidente de Estados Unidos. Biógrafos y retratistas llamaron, indistintamente, a Louverture, el “Washington”, el “Napoleón”, el “Jacobino” o el “Espartaco negro”.

Sin embargo, el líder revolucionario haitiano se enfrentó a Napoleón, quien dio orden al general Leclerc de que lo capturara y lo enviara preso a Francia, acusado de conspiración

y sedición. Los dos jefes de las primeras revoluciones de independencia en América tuvieron destinos discordantes. Washington murió en su retiro de Mount Vernon y fue consagrado como padre de la patria en Estados Unidos, sentando el precedente de un mandatario republicano que renuncia a la segunda reelección. Louverture murió en el castillo de Fort de Joux, humillado por Napoleón, un exrevolucionario a punto de coronarse emperador de Francia.

Bell rastrea las opiniones de unos caudillos sobre otros, con el fin de explorar el sentimiento de pares que recorrió el liderazgo de las revoluciones atlánticas. Bolívar admiró al Napoleón de la Revolución, el Directorio y el Consulado, pero, como tantos hispanoamericanos de su generación, rechazó al Bonaparte emperador e invasor de España. Aunque no hay en Bolívar un momento gaditano o de liberalismo hispánico, como en otros jefes de las independencias, su republicanismo también se nutrió de una lectura negativa del imperio napoleónico.

Napoleón, por su parte, dejó escrita su opinión sobre Washington en el *Memorial de Santa Elena* del conde de Las Cases, en un pasaje que Bell aprovecha óptimamente en su libro. Según Bonaparte, su concentración de poder se debió a las divisiones que atravesaban la Francia revolucionaria. Si él hubiese nacido en Estados Unidos, donde existía una sociedad más igualitaria y una tradición jurídica más moderna —curioso antecedente de la tesis central de Alexis de Tocqueville en *La democracia en América*—, habría podido darse el lujo de ser un Washington. En cambio, si Washington hubiese nacido en Francia, difícilmente, según Napoleón, habría sido otra cosa que un Bonaparte.

A pesar de su resuelto republicanismo, Bolívar terminaría ejerciendo un poder despótico, por breve tiempo, luego de la frustrada Convención de

Ocaña, en la que intentó imponer en la Gran Colombia una Constitución centralista y presidencialista parecida a las que él mismo concibió para Bolivia y Perú. En sus dos últimos años, el Libertador, profundo admirador de pensadores liberales franceses, antibonapartistas, como Benjamin Constant o Madame de Staël, o de políticos estadounidenses, defensores del primer monroísmo, como John Quincy Adams y Henry Clay, fue acusado de cesarismo en la opinión pública de Estados Unidos y Francia.

Bell se detiene en aquel intercambio de percepciones en el Atlántico en el que se escenificaba el clásico tema del héroe y el traidor. A diferencia de Washington, los otros tres próceres revolucionarios vivieron sus últimos días envueltos en una atmósfera de desencanto y renuncia. Esos finales marcarían el tono controvertido de los cultos heroicos y las remembranzas ceremoniosas que los han sobrevivido por dos siglos. La condición de sepulcros en disputa se forjó en el ocaso de cada prócer.

Los capítulos finales de *Men on horseback* se adentran en la paradójica función del carisma en las democracias modernas. Durante los siglos XIX y XX, el republicanismo y el liberalismo atlánticos edificaron sus instituciones y valores sobre una memoria monumental de los padres fundadores. La apelación al imperio de la ley y a la preservación del orden institucional coexistió con una exaltación del carisma a través del culto a los próceres. La crisis de la estatuaría y los monumentos que se vive en el siglo XXI también puede ser comprendida a través de la tensión entre democracia y carisma, brillantemente desarrollada en este libro.

La paradoja que Bell expone para Estados Unidos y Francia, también es válida para América Latina, territorio que, si bien figura en el libro por medio de las figuras de Louverture y Bolívar, queda un tanto desdibujado

en el volumen. A diferencia de otros historiadores contemporáneos de Estados Unidos, Bell conoce y cita buena parte de la historiografía reciente sobre las independencias hispanoamericanas, pero se echan en falta referencias a estudios clásicos sobre el caudillismo y el cesarismo en nuestra región como los de Laureano Vallenilla Lanz, Fernando Díaz Díaz o Enrique Krauze. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Turner puso recientemente en circulación *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*.

POESÍA

“Toda la intensidad fue estar ahí para saberlo”

por **Cruz Flores**



María Baranda
CAÑÓN DE LOBOS
Querétaro, Fondo
Editorial UAQ, 2021,
72 pp.

Últimamente, asumiendo la ansiedad pandémica como costumbre y pensando en el coronavirus como una especie de velo de separación entre unos y otros, he pensado en el antagonista involuntario de *Annihilation*, novela de Jeff VanderMeer adaptada al cine por Alex Garland y en la que un hongo venido del espacio ocupa un breve archipiélago de Florida, conocido como Area X, y absorbe todas las cosas que hay ahí (animales, humanos y plantas por igual) en una especie de totalidad orgánica, que comparte sensaciones, emociones, memoria. También he pensado en William S. Burroughs y su visión del lenguaje como virus, y en las formas en las que las palabras pueden trastornar nuestra realidad sin que apenas nos demos

cuenta. Las palabras son contagiosas, pueden lastimar y acariciar, son la herramienta con la que se construye el mundo. Del poeta que cantó los primeros versos de una aventura para reconfortar a su tribu al programador que en este momento busca crear una realidad verosímil para su videojuego, la línea que se comparte es el lenguaje y su potencialidad generadora. Pensando en eso, recuerdo estos versos de María Baranda: “Epidemia de esos silbantes que surgen / de las venas cardenalias, de las temperaturas / fluviales / donde un mar arde en la garganta de quién.”

En *Arcadia* (2009), uno de sus poemas mayores, Baranda enuncia una muerte del cuerpo por medio de la palabra, una saturación del ser parecida al éxtasis místico, pero enraizada en imágenes eminentemente físicas: cuerpos, corazones, plantas y animales se congregan en remolinos de lenguaje que, al final, no son más que eso: texto solitario y continuo, algo que se escribe desde la grieta del silencio. Aquí, como en otras de sus obras, encontramos el centro de su poética: una visión del lenguaje como posibilidad creadora que es limitada —o contenida— por su devenir-texto. La poesía, teóricamente, puede enunciar el universo, pero ese universo está condicionado al lenguaje, y ese reconocimiento hace que la obra de la poeta esté cargada de una melancolía muy singular. Esta visión de la palabra como puente, miasma y magia aparece también en el decimotercer fragmento de *Cañón de Lobos*, nuevo libro de la poeta publicado en una bella edición por la Universidad Autónoma de Querétaro. En el poema, la voz contempla un árbol y se da cuenta de la separación entre sí misma, los seres que lo habitan y la idea del árbol: “Lo vi soportar una tormenta, doblarse / casi a la mitad. Pero quedó de pie / siendo él. / Más que nunca, él. // Yo, temerosa, detrás de la ventana / escuché el aullido del viento y temblé.”

Estos versos nos invitan a pensar la unidad conceptual, el motivo que estructura todo el poema, no como un tropo que busca reconciliar el árbol con la voz poética, sino como aquello que Wallace Stevens pensó como una “idea de orden”: en el texto respiran ambas entidades, una junto a la otra, sin buscar una conexión mística o un significado oculto. La poesía existe, más bien, como una forma de nombrar la empatía inescrutable de la experiencia compartida. Como en otros de sus libros recientes, la poeta nacida en la Ciudad de México invita a considerar las maneras en que el lenguaje nos vincula con el mundo, pero los espacios a los que nos lleva ya no son los de la palabra misma, como en *Narrar* (2001) o *Dylan y las ballenas* (2003), los del universo perceptible mediado por el arte, como en *Arcadia* o *Teoría de las niñas* (2018), o los espacios entre el sueño y la memoria que ensayó en sus libros de la década de los noventa. *Cañón de Lobos* es, al mismo tiempo, parte y consecuencia de esa búsqueda por escudriñar el secreto del lenguaje: su motivación principal es la naturaleza vista desde el pasado, las sensaciones corporales y los movimientos del mundo que se quedan en la memoria. Esta experiencia puede ser vinculada a un mito originario que reside en la piedra nombrada a lo largo del texto, a un momento familiar y cariñoso, o la ansiedad —también empática y, a su modo, amorosa— de llamar al propio “futuro corazón de la tierra” que será el de todos, en algún momento.

Dice el crítico Paul Hoover en *The new world written*, antología de poemas de Baranda recientemente publicada por la colección Margellos de la Yale University Press, que la obra de nuestra autora, a pesar de su carácter épico y mítico, no es de orden narrativo: más bien, “su forma de contar es un intenso anunciarse del ser similar a la invocación”. En este nuevo libro, la invocación se encuentra mano a mano con la reflexión, la pregunta hacia el lenguaje

que habita sus mejores poemas orientada no hacia adentro o hacia afuera, sino hacia el espacio intermedio en que nos encontramos con el universo. La maternidad, el amor, el viento en la cara, se convierte en “el aullido siempre / de los otros” que nos identifica como animales humanos. Después del grito solitario de *Narrar* y del nuevo mundo escrito de *Arcadia*, el aullido que este libro nos ofrece es uno de reconciliación material, no con un Dios incognoscible, con el lenguaje o con la historia, sino con la experiencia vivida. Además de las comparaciones evidentes que se asocian con Baranda, como la tradición del poema largo en español y la reinención del modo lírico eliotiano, podemos ubicar resonancias con el ya mencionado Stevens, con el Octavio Paz de *Blanco*, con la Rosario Castellanos de *Lívida luz* y con la voz mítica, eterna, de las *Migraciones* de Gloria Gervitz.

Los ecos intertextuales y los encuentros con otros poetas que podemos encontrar en este libro son de autores minuciosos, precisos, que trabajan o trabajaron sus libros hasta el cansancio. No es coincidencia, pues *Cañón de Lobos* es un texto que ha existido, de una forma u otra, desde hace más de una década: su primera versión fue la de un poema breve, aparecido en *Letras Libres* en julio de 2007, y después aparece en 2011, como una adenda de inéditos en *El mar insuficiente*, edición de poesía escogida publicada por la UNAM. Esas primeras versiones vuelven a aparecer en este libro ya convertidas en piezas inamovibles de una obra; comunican las mismas preocupaciones, pero también llevan de la mano al lector por las experiencias que inspiraron a la autora: nombran lugares, nos dibujan el paisaje y hacen relacionar lo táctil del lenguaje de Baranda con los acontecimientos que dibujan. Después del paso por el escalpelo autocrítico, de una construcción lenta y un modelado preciso, estos poemas ya no solo relatan, sino que nos afectan con el peso de la

memoria construida a partir del lenguaje: una memoria despersonalizada pero, al mismo tiempo, material, aterrizada en cuerpos y espacios que coexisten más allá de nuestras percepciones. Así, *Cañón de Lobos* ya no es un paisaje localizado en Yauatepec, Morelos, sino el lugar donde nos congregamos nosotros, quienes hemos escuchado el aullido, el mar en la garganta de quién, que nos invita a mirar hacia el otro: lo único que necesitamos, como dice el poema, es estar ahí. —

CRUZ FLORES (Naucalpan, 1994) escribe poesía y crítica de arte. Estudia el posgrado en historia del arte en la Universidad Nacional Autónoma de México.

ENSAYO

¿Tiene un minuto para hablar de la mente?

por **Daniela Gallegos Ayala**



George Makari
ALMA MÁQUINA. LA
INVENCION DE LA
MENTE MODERNA
Ciudad de México,
Sexto Piso/UAM, 2021,
712 pp.

El problema en torno a la mente determinó en buena medida el contexto histórico, científico, político y cultural del siglo XVII y los siglos posteriores, de acuerdo con el historiador, psiquiatra y psicoanalista George Makari (Nueva Jersey, 1960), autor de *Alma máquina. La invención de la mente moderna*. Además, deja claro que la mente no se trata de un problema filosófico, carácter que ya supone muchas dificultades, sino que se abre paso en la historia de la modernidad tocando diversas esferas del conocimiento humano como la política, la medicina, la física, la química y las artes. A su vez, explica cómo el contexto determinó la manera en que podían tratarse los conflictos en torno

al alma y cómo ello dio paso a que fuera considerada un concepto adicional al de mente, y no ya como su sinónimo.

Es así como un determinado tratamiento de la mente en la modernidad tuvo consecuencias hasta nuestros días. La más llamativa, según el autor, es que nos concebimos como herederos de una tradición que nos configuró como “híbridos modernos de alma y máquina”. Esto como resultado de la problemática a la que se enfrenta la humanidad en torno a su naturaleza mental e interior y que se reduce a la imposibilidad de reconciliar ambas. Además de la propia taxonomía con la que se tratan los fenómenos de la conciencia y la vida mental en general, una de las primeras preguntas que surgen es la de cómo hablar de fenómenos mentales que suceden dentro de un cuerpo: ¿Cómo se relaciona el cerebro con la mente? ¿La conciencia es el resultado de la actividad neuronal o se trata de algo que trasciende la materia? Diversos pensadores, filósofos, científicos y médicos de Inglaterra, Francia y Alemania participaron en un debate sobre cómo explicar el concepto de alma y se preguntaron cómo se ligaba con el cerebro, que es donde parecía que residía la vida mental. Todavía más, se preguntaron por qué el alma debía describir todos y cada uno de los fenómenos que implicaba tener conciencia si estaba íntimamente ligada con una doctrina religiosa que, más que promover la discusión, la limitaba. ¿Podríamos hablar de mente y no de alma? ¿Podríamos relegar el alma a un contexto puramente teológico y tratar con el término mente todas aquellas problemáticas que suponía tener una vida mental?

El autor es hábil para condensar en setecientas páginas una vasta cantidad de teorías, postulados y doctrinas que se erigieron con un mismo objetivo: desentrañar las dificultades que suponía no solo el concepto mismo de mente, sino su relación con la conducta moral de los individuos, la anatomía

de los seres humanos, el cerebro y las pasiones, y la libertad de los ciudadanos en un contexto a veces religioso, a veces secular, a veces monárquico, a veces revolucionario. Son cinco los momentos que capturan el largo viacrucis de la invención del concepto de mente, a los que Makari dedica el mismo número de capítulos.

“En medio de una tormenta” introduce una poderosa escisión entre el alma y la mente. Si en la Antigüedad y en la Edad Media el alma se erigía como el lugar donde descansaban todas las facultades humanas, con Locke la “materia pensante” destronó al alma inmortal y se coronó como la nueva morada de la razón. Con ello, las discusiones muchas veces limitadas por el contexto religioso del siglo XVII lograron abrir sus horizontes para hablar de la moralidad, la ética y la política, pero no ya desde un contexto meramente teológico y restrictivo, sino desde una ciencia secular y objetiva, donde los individuos fueran portadores de mentes y no de almas, y las enfermedades del alma pasaran a ser de la mente.

“Los sensualistas franceses” y “Vitalismo, el eslabón perdido” describen la recepción lockeana en Francia, específicamente en los sensualistas franceses y los médicos de Montpellier. Para los primeros, la vida mental dependía de la recepción de estímulos sensoriales. Pero si bien un pensamiento así lograba dar una explicación de cómo se ligaban el cuerpo y la mente, no daba cuenta de la libertad humana, pues estaba determinada por lo que pasivamente recibía de la realidad a través de sus sentidos, sin tener ningún papel activo en el origen del conocimiento. Sin embargo, el tema de la libertad era crucial en un contexto en que la monarquía y los revolucionarios franceses se oponían a una idea de libertad distinta para cada uno. No por nada ocurrió la toma de la Bastilla y la decapitación del rey Luis XVI y María Antonieta. Ya después con los jacobinos y Robespierre la idea

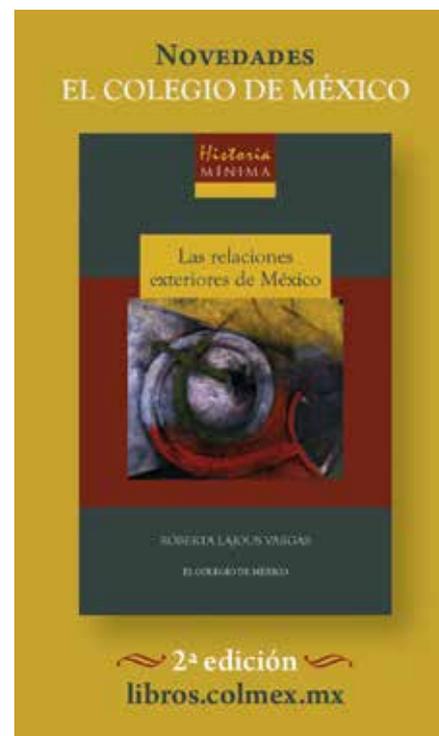
de la libertad se tergiversó y pasó a ser una justificación del uso de la guillotina, pero no por ello la libertad dejó de ser menos relevante. Con todo, parecía que las teorías de la mente determinaban en buena medida la constitución de las leyes y de las libertades políticas individuales, pues ¿cómo podían defenderse las libertades políticas de los individuos si se postulaba que los seres humanos no tenían la capacidad de ser libres? Por su parte, los médicos de Montpellier lograron no solo vincular a la mente con el cuerpo sino que además reavivaron una noción aristotélica abandonada en los inicios de la modernidad: la teleología. De ese modo, pudieron incluir a la volición humana, el deseo y la motivación antes apartadas de la discusión.

“Kant y la edad de la autocrítica” sigue una consecuencia inevitable, pues si la modernidad estuviera guiada por la razón había que investigar a cabalidad los límites que implicaba, sus capacidades en el origen del conocimiento y la ciencia, y en la naturaleza de sus facultades. Se esperaba desarrollar una empresa así cuando Bonaparte justificó sus acciones ondeando el estandarte de la razón, desvirtuando lo que alguna vez fue el objetivo de ilustrados como Diderot, Rousseau y Voltaire: librar a la razón de la minoría de edad, como Kant lo describió en su texto *¿Qué es la Ilustración?*. La edad de la autocrítica dio paso a una serie de postulados volcados hacia el yo y la oscuridad que suponía: la naturaleza de la conciencia se encontraba más allá de sus propios límites y ni siquiera podía dar parte de aquella realidad que guardaba dentro de sí a la cosa-en-sí.

Finalmente, en “La promesa de la frenología”, Makari habla de esta teoría y su caída hacia finales del siglo XIX. En el periodo de la Contrailustración alemana, la frenología se abrió paso para tratar a las facultades humanas, las cuales, a juicio del pionero en esta disciplina, Franz Joseph Gall, habían sido retratadas a antojo de los pensadores anteriores a él. Gall postuló veintisiete

facultades de la mente, bajo el criterio de que solo se podía considerar una facultad como tal si se encontraba una parte del cerebro que la justificara. De ese modo, Gall dibujó un vínculo explícito entre mente, conciencia y cerebro, lo cual no solo significó un problema para los filósofos naturales al romper con la unidad de la conciencia, sino también para los románticos, al establecer que el ser no era libre y estaba determinado biológicamente. Pero ¿por qué postular solo 27 y no 49 facultades? Si bien tuvo avances en la investigación detallada de la anatomía cerebral, esta teoría de la mente tampoco profundizó en la relación entre la mente y el cerebro ni en la postulación de un número determinado de facultades.

La pregunta por la definición de la mente y su vínculo con el cerebro y el alma queda todavía sin contestarse. Considerado por muchos un concepto indefinible e indescifrable en sus relaciones, este tema tiene vigencia hasta nuestro presente. Pues, ¿qué pasará cuando la tecnología avance a tal grado que podamos extraer



nuestras conciencias de nuestros cuerpos y podamos existir más allá de ellos? “Black museum”, uno de los episodios de la serie *Black mirror*, presenta a los espectadores una abrumadora realidad en la que es posible extraer la conciencia de las personas para luego manipularlas según el objetivo que se persiga. Desde un médico que logra sentir las dolencias y enfermedades que aquejan a sus pacientes por un neurotransmisor que trae implantado en el cerebro hasta un viudo que accede a extraer la conciencia de su esposa en coma

para integrarla después a su propia mente, las consecuencias de cada uno de estos escenarios futuristas dejan claro que el problema de la mente es actual, aunque nos parezca irresoluble en sus distintas aristas.

Pero no hace falta ir tan lejos, hoy en día el suicidio figura como una de las principales causas de muerte en el mundo, según la Organización Mundial de la Salud, superando en número a las muertes por cáncer de mama, sida o paludismo. La salud mental es un tema que durante mucho tiempo fue relegado por

ser considerado tabú o un secreto, algo propio de los exorcismos y las pasiones incontrolables. Pero, si la salud de nuestra mente nos parece urgente hoy día, ¿por qué no habría de ser igualmente importante rastrear sus orígenes? Es por ello que libros como el de Makari resultan necesarios para retomar la discusión en torno a la naturaleza de la mente y sus alcances. —

DANIELA GALLEGOS AYALA es filósofa, editora y escritora. Estudió filosofía en la Universidad Panamericana.

LIBRO DEL MES

NOVELA

Voz y estilo tardío

por **Antonio Villarruel**



Fernando Vallejo
ESCOMBROS
Bogotá, Alfaguara,
2021, 196 pp.

Martes 19 de septiembre de 2017: día del más reciente terremoto en la Ciudad de México y fecha en que se acaba la relativa complacencia vital del narrador Fernando Vallejo, que observa cómo su departamento en la calle Ámsterdam de la colonia Hipódromo-Condesa queda casi destruido, habitado el edificio por vecinos intratables, con niños para más *inri*. Décadas de coleccionar arte y recuerdos van a parar al piso. Tres años después, en 2020: Vallejo escribe su recuento desde un exilio voluntario en el país que más odia, Colombia, pero donde lo espera su remodelada casa de infancia.

El margen temporal entre lo que sucede y cuándo es relatado brinda dos niveles de lectura, que se imbrican y saltan sin orden alguno. En primer lugar, la pérdida de salud y el rápido deterioro de su pareja de décadas, David, que se extingue hasta que muere y por quien Vallejo decide volver a la maldecida Medellín, sin más compañía y razón de vivir que su perra Brusca. Dice el narrador recordando los momentos posteriores al terremoto: “Y vuelta a lo mío, a colgar los cuadros que el terremoto no despedazó y a poner orden en la infinidad de objetos supervivientes que David acumuló durante sesenta años, cuarenta y siete de los cuales habíamos vivido juntos [...] Lo conocí instalado entre objetos relucientes y murió en un despedazadero de vejees. Y yo de paso me morí con él, lo cual es precisamente lo que estoy tratando de contar.” En segundo lugar, las inconfundibles imprecaciones contra los pobres, los dictadores, Colombia, México, el papa, los niños, la muerte y el sexo, agravios que evocan sus obras más recientes, con esa voz altanera y maniática que machaca en el sinsentido de la vida y la nobleza de los animales, empezando por la misma Brusca.

La verdad es que el Vallejo de 2020 no ha muerto. Está atrapado en una ciudad que deplora, pero pone a trabajar su memoria convocando sus primeros años en México y la ecuanimidad de David, con la misma intensidad que la belleza de los muchachos de Nueva York. Mientras recuerda Roma, Estados Unidos y el México de la segunda mitad del siglo xx, aparecen los fantasmas de sus fobias, incluida la muerte, a los que conjura maldiciéndolos con ese histrionismo que ni siquiera necesita signos de exclamación.

Fernanda Solórzano / Cine Aparte



reseñas
de cine
semanales

LETRAS
LIBRES

Suscríbete en YouTube

A ratos la voz habla para sí misma, a ratos con la Muerte, a ratos con David, y a ratos con Alois Alzheimer, al que pide clemencia rogándole que lo ayude a olvidar.

Una consideración apresurada coloca a *Escombros* como una más de las novelas de madurez de Vallejo, quizá más afilada por la precisión con que dispara sus dardos y el humor con que gasta bromas a vivos y muertos, desde el presidente actual de Colombia hasta sus amigos de las noches juveniles en búsqueda de jóvenes. El narrador mal vive sus últimos años con un rencor sin piedad, y es potestad del lector saber si la vehemencia de las imprecaciones es una mala pasada o más bien es testigo estilizado del más amargo de los odios que puede producir un hombre. Hay, sin embargo, un acento explícito sobre el idioma, que da como resultado una voz única. Las novelas de Vallejo pueden merecer un estudio sobre las representaciones de la vejez o el arte del insulto, pero aun así, más importante, leerse como un trabajo de años de pulido de una voz, entre el flujo de conciencia y el monólogo interior, que con cada obra va ajustando mejor su puntería.

Resulta perezoso y reiterativo pensar que Vallejo se repite sin más. La musicalidad de la voz altanera que preside sus narraciones se comporta como un acorde desde el que se ensayan posibles variaciones de una obra. O de la Obra. En ese sentido, consigue lo que muy pocos narradores: fabrica una voz y la pone a funcionar en situaciones diversas, ya sea los años de infancia, la reconstrucción de su casa en Medellín, los alaridos de un dictadorzuelo latinoamericano o la vida después de que se acaba la vida misma, cuando mueren los más cercanos, se destrozan sus cosas y la

memoria machaca brutalmente porque la cabeza no deja de recordarlos. Si objetivamente son algo más de tres años los que marca *Escombros* –los tres entre el terremoto y la peste del coronavirus–, la reflexión se ensancha mucho más, hasta llegar a cubrir toda una vida, y fabricar una analogía entre el destroz de su departamento en la Ciudad de México y la inevitable muerte del amante de toda la vida: “En vano he tratado de superar la sensación de desastre inminente que me agobia a partir del momento en que el terremoto se satisfizo plenamente de sus ansias y nos dejó destruida la casa. Este desastre que estoy tratando me pesa por partida doble, pues es mío y a la vez ajeno, entendiendo por ajeno el conjunto del depravado género humano. ¿Me arrastrará la humanidad en su caída llevándome entre las patas? ¿O me iré yo solo y sin compañía, como abandonado en un canal de Marte?”

Así, la tristísima historia del que ve cómo su casa y su pareja de décadas resultan definitivamente muertos por la naturaleza y el tiempo se condiciona a la fabricación de una voz que no por madura deviene más débil, sino que más bien es puesta a prueba en desastres naturales y tragedias personales. No es únicamente recordar, parece decir la voz, sino componer desde los añicos lo que fue, hacer desde el tiempo presente, ante la insatisfacción y la cercanía con la propia muerte, una tonalidad irrepetible, por sabia y memoriosa, por rencorosa y despótica, que va componiendo un paisaje literario conmovedor y complejo, inimitable y venturoso para la literatura. —

ANTONIO VILLARRUEL (Quito, 1983) es ensayista y doctorante en Madrid y Ciudad de México.